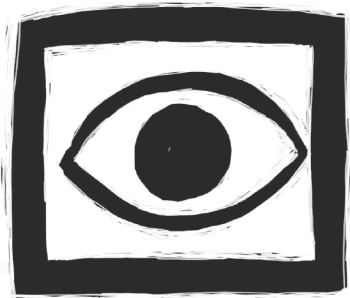
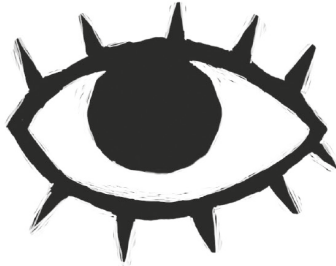
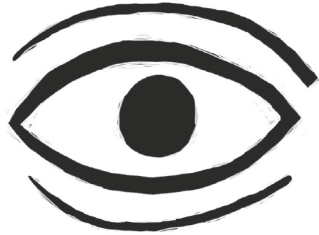
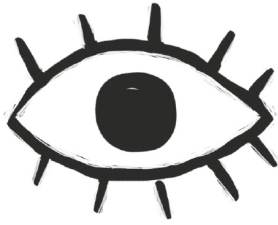


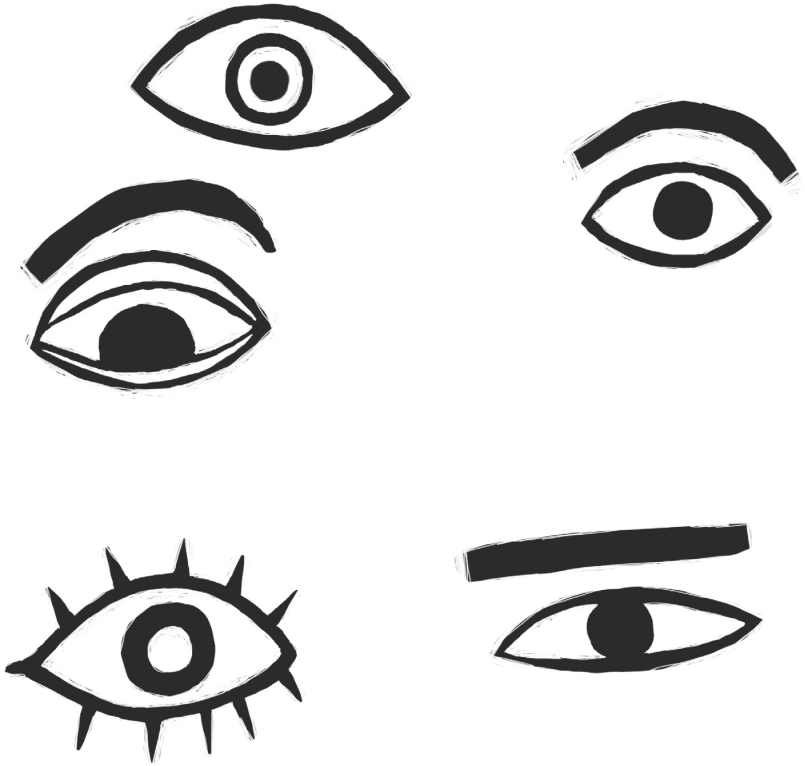
Un pintor debajo de un fregadero

Afonso Cruz

Traducción de Teresa Matarranz

Rayo verde
editorial

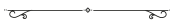




Índice

<i>Introducción</i>	9
<i>El libro de los ojos encendidos</i>	11
<i>El libro de los ojos apagados</i>	127
<i>Epílogo</i>	183

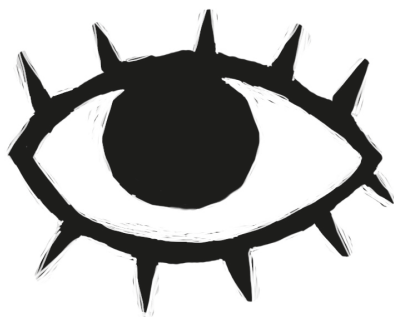
Introducción



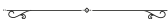
El agua puede conservarse en botellas, pero las historias no se pueden embotellar sin que se estropeen al momento. Necesitan del aire libre como los animales salvajes. Hay que soltarlas para que corran completamente desnudas.

Sors nació el 23 de noviembre de 1895. Él fue quien, en 1940, pintó el cuadro que está colgado en la entrada de una casa de la calle Alto da Fonte, en Figueira da Foz. Es un espacio relativamente pequeño, con un baúl de madera a la derecha, justo debajo del cuadro pintado por Sors. Enfrente hay un reloj de pie, un mueble rinconero y un perchero construido con la mitad de una hélice. Hay una sierra de un pez sierra en la pared de la izquierda, estatuillas africanas, cuadros, bastones, lanzas indígenas, máscaras, objetos inclasificables, platos pintados. Sobre el baúl, algunos colmillos de elefante y un diente de hipopótamo. El diente, propiamente dicho, es grande, pero la raíz es mucho mayor. Gran parte de la eficiencia de lo que hacemos, de lo que masticamos, depende sobre todo de lo que no se ve. De las raíces. Es por eso por lo que cuento esta historia. Porque son cosas que llevamos dentro y que nadie ve cuando nos mira. Tenemos un paisaje enorme que no se ve, a no ser que nos asomemos al interior y mostremos lo que recordamos. Nada tiene tanta fuerza como lo que no se ve, como las raíces del diente de Behemoth. Como un pintor debajo de un fregadero.

El libro de los ojos encendidos



Nos lanzaban y nos cogían en el aire



Todos los jardines de nuestra infancia son el jardín del Edén. La piel suave de los tiempos en que corríamos con las piernas arqueadas irradiando una especie de luz al respirar. Corríamos riendo hacia los brazos de los adultos con una entrega absoluta. Ellos, los adultos, nos lanzaban al aire y nos cogían con sus manos ásperas, y, tal vez por eso, al crecer ya no hemos dejado de soñar, de vez en cuando, que volamos. Ni de soñar con gigantes y enanos, pues eran ésas nuestras proporciones.

Jozef Sors nació en la casa enorme donde trabajaban sus padres. La propiedad pertenecía a un coronel del ejército llamado Möller. En la parte trasera había un jardín inmenso lleno de flores, cercado por un muro alto, todo de piedra.

La madre de Jozef Sors era planchadora y el padre mayordomo. Mientras que la madre era una mujer discreta, simpática y de baja estatura, con los pómulos muy pronunciados, el padre era un hombre muy singular. Nadie tan sincero como él. Ignoraba por completo los formalismos y decía exactamente lo que veía y sentía. Cuando nació su hijo, apenas la comadrona hubo cortado el

cordón umbilical, exclamó: ¡parece un ratón! La comadrona, que se llamaba Marija, lo miró de soslayo y le ordenó que saliera, pero el mayordomo quiso cogerlo en brazos. Estaba tan emocionado que tuvo que secarse los ojos con la mano. En sus brazos gigantescos, el recién nacido parecía aún más pequeño. Parece un ratón, susurraba mientras le acariciaba la mejilla con el índice de la mano derecha. La señora Sors sonreía de cansancio, con los pómulos aún más pronunciados que de costumbre. Marija rescató al bebé de las manos del mayordomo y lo puso en los brazos de su madre para que mamara. Cuando la criatura se durmió, Marija comentó que era un niño muy guapo, fuerte como el agua del mar y sano como el agua de la lluvia. El ojo izquierdo, que parecía una luna menguante, revelaba que sería artista.

—¿Como los del circo? —preguntó el mayordomo.

—No. Como los otros.

La señora Sors se echó a llorar, pues no hay nada más triste que ser un artista y mirar el mundo como si se viera por primera vez.

—¿Quién te ha dicho a ti eso? —le preguntó la comadrona.

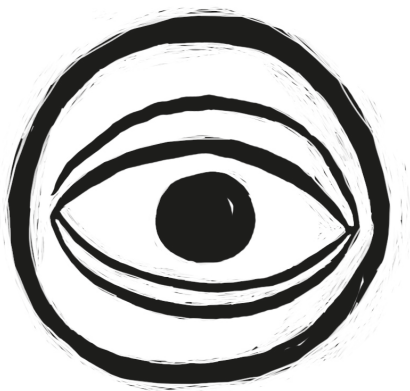
—Un amigo del coronel. Un escultor que estuvo una vez aquí.

—A mí me parece una bendición que, al mirar el mundo, parezca que lo vemos por primera vez.

—Pues a mí me parece una desgracia —dijo sollozando—. Sería la mayor de las desdichas. Yo, cuando miro las cosas, quiero que me sean familiares, como mi tío o mi marido, como el pan que comemos. Quiero acostarme siempre con el mismo hombre, con los mismos labios. Quiero que las sábanas de hoy parezcan las sábanas de ayer, aun-

que los bordados sean completamente distintos. No quiero que me den besos nuevos, quiero que sean antiguos, quiero que sean los de siempre. No quiero sobresaltarme como cuando era joven. Nos sentimos en paz cuando estamos junto a las cosas de siempre, cuando ni siquiera reparamos en ellas porque forman parte de nosotros, como si las hubiéramos comido y masticado y tragado y ahora fueran carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Sólo somos felices cuando ya no sentimos los zapatos.

Y, tras decir esto, se durmió.



Todos tenemos tres estómagos



El dueño de la casa, el coronel Möller, era un hombre sensible, amante de las flores, que cogía a menudo para ponérselas en el pelo, o detrás de la oreja. Era imponente, sin ser alto, con un bigote que le llegaba al cuello y una buena mata de pelos en la nariz. Sabía ser autoritario, como era de esperar en un oficial del ejército, pero también sabía ser misericordioso, que era, por otra parte, su estado natural. Al día siguiente de nacer Jozef Sors, el coronel entró, con su hijo en brazos, en el cuarto de la planchadora. Wilhelm, que no llegaba al año, tiraba a su padre de los bigotes. El coronel felicitó a la señora Sors.

—Nuestros hijos estudiarán juntos —dijo el coronel. Ya he hablado con mi amigo Fischmann, cuyo sobrino, un joven escritor que está empezando su carrera de gramático, ha aceptado ser el preceptor de los chicos.

La señora Sors le dio las gracias.

—Havel Kopecky, el sobrino de mi amigo, es un joven siempre atento a lo que pasa en el mundo. Hoy mismo me ha contado que un físico alemán llamado Röntgen ha descubierto unos rayos que permiten ver el interior de las

cosas. Piense, señora Sors, que cualquier día, gracias a los rayos de Röntgen, podremos ver el interior del hombre.

—¿El alma? —preguntó la señora Sors.

—Completamente desnuda. Llegará un día en que podremos imprimir el alma en una plancha de plomo. Pero, de momento, tendremos que conformarnos con las imágenes de nuestros huesos.

—¡Qué horror! ¿Quién va a querer ver eso?

—Ja, ja, ja —rio el coronel—. Cuánta razón tiene, señora Sors. Qué imagen más siniestra, el aspecto que tendremos después de siete años en un ataúd. Pero es importante, es así como avanza la medicina y por eso pensamos en la vida: porque contemplamos la muerte. Ver cosas que ordinariamente no vemos tiene grados de repulsión o fascinación. Sentimos cierto pudor al ver lo que está bajo la ropa, y el vértigo de la náusea, del asco, cuando vemos más hondo todavía. Nos desmayamos al ver la sangre. No hay visión más terrible que la del interior del hombre, tanto en sentido anatómico como moral.

—¿Eso es bueno?

—Es terrible, pero es útil. Todo esto era sólo para decirle que tengo en gran estima al futuro preceptor de nuestros hijos. He estado en la biblioteca eligiendo algunos libros que considero imprescindibles para la educación de un niño.

—Lo que necesita un niño es comer —sentenció el mayordomo, que acababa de entrar—. Para crecer fuerte.

Wilhelm se agitó en los brazos de su padre. El coronel recostó la cabeza del niño en su hombro. Wilhelm temblaba ligeramente siempre que veía al mayordomo.

—Hay muchos tipos de comida —dijo el coronel Möller mecido a su hijo—. Todos tenemos tres estómagos: uno en la barriga, otro en el pecho y otro más en la cabeza. El de

la barriga, todo el mundo sabe para qué sirve; el del pecho mastica la respiración, nuestra comida más urgente. Una persona sin aire muere antes que sin agua o sin pan. Y por último está el estómago de la cabeza, que se alimenta de palabras y de letras. Los dos primeros estómagos del hombre se alimentan por la boca y la nariz, mientras que el tercero lo hace principalmente por los ojos y los oídos, aunque de un modo más sutil usa también el resto de los sentidos.

—Pues a mí —dijo el mayordomo—, las palabras me parecen una majadería.

